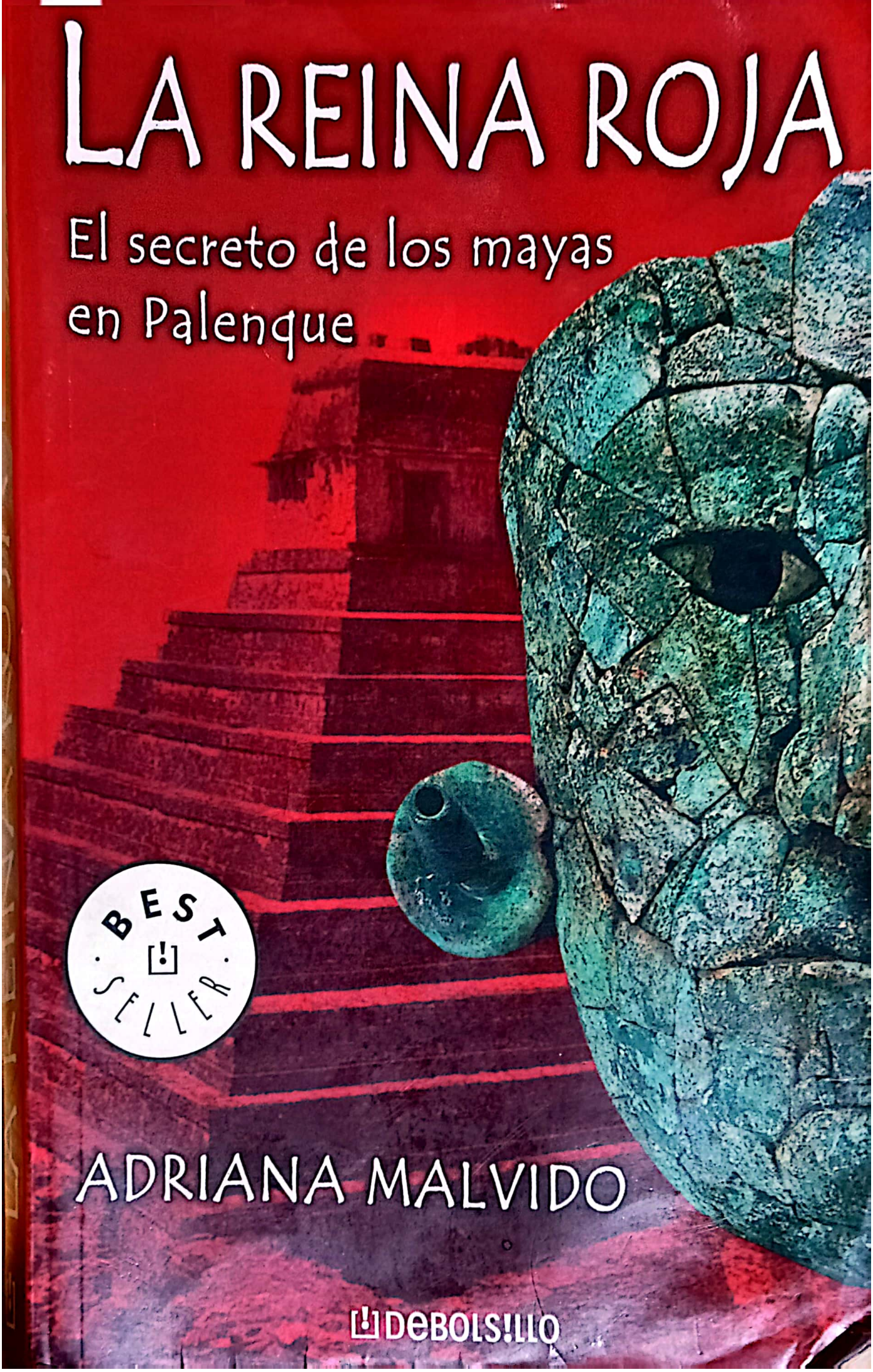
LA REINA ROJA

El secreto de los mayas en Palenque



BEST SELLER

ADRIANA MALVIDO

DEBOLSILLO

Escaneado con CamScanner

PALABRA DE REINA

Me sepultaron hace mil trescientos años. Cuento esta historia desde las entrañas de la tierra. Desde aquí, adentro de mi sarcófago, he sentido los pasos de miles de viajeros, arqueólogos, espíritus tocados por la locura y por la curiosidad; de seres humanos dispuestos a entablar un diálogo con el pasado; de jóvenes y viejos, ávidos turistas y sabios y chamanes; de historiadores, científicos, soñadores que quieren ver más allá de los muros de piedra para imaginar cómo éramos los mayas y cómo era nuestra vida. Se preguntan cómo sentíamos al mundo, cómo lo percibíamos en ese universo de estrellas que supimos mirar de cerca desde épocas muy tempranas. Porque cuando un hombre se pregunta lo importante, cuando no entiende, cuando aspira al conocimiento, mira al cielo. Nosotros lo hicimos y supimos leer en los astros nuestro destino sagrado.

Jamás un saqueador logró dar con mi tumba, ni con mi jade, mi diadema y mi cetro. Ni imaginaron los hombres durante tantos siglos que aquí, en las entrañas de la Plaza Central de Palenque, yacía una reina, quizá la última de nuestra gran civilización maya. Jamás, después de que encontraron el sarcófago de Pakal, imaginaron que muy cerca, en el templo vecino, estaba el mío, intacto, expectante.

El primero de junio de 1994 descubrieron mi cripta funeraria, mi sarcófago, mis restos, mis ofrendas, mis tesoros y mi lecho eterno. A mí todavía me buscan. Y quizá jamás me encuentren.

Por mí habla la voz de las piedras que los arqueólogos saben escuchar, y la voz de la cerámica y del barro que los restauradores saben oír. Y mis huesos, que dialogan con los antropólogos físicos. Por mí ha-

Escaneado con CamScanner

bla la voz de la selva y sus tucanes, sus monos y serpientes. Las aves cantan mi nombre. Pero los habitantes de hoy han perdido el entendimiento de su canto.

Tuvieron que pasar más de trece siglos en la historia de la humanidad para que en la madrugada de una noche de verano, manos de hombres y mujeres levantaran mi pesada lápida y vieran mis restos bañados en cinabrio y jade. Para que mi cuerpo volviera a respirar la mirada de otros seres, de otros tiempos tan lejanos al mío; para que mi sarcófago y mis ofrendas sepultados en los albores de la nueva era provocaran su sed de conocimiento, su hambre de pasado, su urgencia de saber quién fui, quién soy y qué tengo que contarles. En el fondo, se buscan a sí mismos.

Han pasado ya más de diez años de mi retorno. Y se sabe mucho de mí, pero no mi nombre, que permanece secreto. Lo buscan en nuestras escrituras labradas en las piedras de la selva, lo buscan en los templos, en las escalinatas, en los montículos, en el Palacio y en el arte que hicimos con nuestras manos. Lo buscan cuando duermen seduciendo al sueño para que les revele el misterio.

Profanar una tumba es abrir una puerta hacia un camino sin fin. Puede llevar a la locura. Esa madrugada de verano de los años noventa, mientras llovía, quienes abrieron mi sarcófago quedaron transformados para siempre. Y ésa es la historia que aquí será contada.

Desde entonces, me introduje a sus días y a sus noches. Desde entonces, no pueden ver una piedra sin recordarme. Desde entonces, no pueden mirar el color rojo impunemente. Desde entonces son víctimas privilegiadas de una sed desesperada de respuesta. Desde entonces, yo les he contado a todos y cada uno cosas que harán cambiar el color de la tinta con la que se escribe la historia.

Saben que soy mujer, que soy una reina, que gobernÉ Palenque en su momento de mayor esplendor; que fui venerada, custodiada y también amada. Saben qué comía, qué vestía, cómo sufrió mi cuerpo al final de mi vida, cómo me relacioné con la selva y con mis dioses. Pero

Escaneado con CamScanner

no saben mi nombre. Y lo seguirán buscando mucho tiempo. Mientras tanto, me llaman la Reina Roja.

Y desde aquí donde me descubrieron, en lo más profundo de mi templo, participaré en la narración de un encuentro que cambiará la historia. Lo haré en castellano, la lengua que he escuchado durante siglos, tan diferente a la nuestra, maya, que ya han aprendido a descifrar y que se resiste a desaparecer. Como nos resistimos nosotros, los mayas de Palenque.

Escaneado con CamScanner

7

LA NOCHE DEL DESCUBRIMIENTO

La noche del primero de junio de 1994, la Selva Lacandona no pudo dormir. Como nunca, aullaron los monos saraguatos, brillaron las luciérnagas y cantaron los insectos, mientras el dios Chaac celebraba con agua de lluvia. Y es que presentían que Palenque viviría en las siguientes horas un momento estelar: el retorno de una reina. En la Plaza Central tuvo lugar uno de los hallazgos más importantes en la historia de la arqueología mexicana: una reina de la época clásica maya, que esperó mil trescientos años en su sarcófago para resurgir y convertirse en un nuevo detonador del estudio de esa cultura.

Así quedó escrito y así sucedió. Pero esa noche, la más larga y emocionante en la vida de quienes estaban dentro del templo, y más aún, dentro de la cámara funeraria donde descansa mi sarcófago, demostró que los mayas de Palenque somos fuente inagotable de secretos, de misterio y de historias que no han sido contadas. Como la de esa noche, única e irrepetible.

Amanece en Palenque el martes 31 de mayo. Los primeros que entran a la cámara funeraria son, por separado, Arnoldo y Fanny. Dicen que todos los seres humanos se pasan la vida preparándose para algo. Y ellos, sin saberlo, se estaban preparando para lo que vivirán esa noche. Ella revisa que todo esté en orden para iniciar la que será la jornada de trabajo más larga de su vida. El arqueólogo visualiza, en silencio, la estrategia para levantar la lápida

Escaneado con CamScanner

del sarcófago. Toma medidas. El sarcófago mide 2.40 de largo por 1.18 de ancho en un aposento abovedado de 3.80 por 2.50. Calcula cuántos caben dentro de la cámara, cómo aminorar los riesgos para quienes llevarán a cabo la tarea, pero también para que la pesada lápida pueda alzarse sin que se fracture. Ha estudiado a detalle el método que siguió con éxito Ruz Lhuillier dentro de la tumba de Pakal y decide adoptarlo. Un taller de carpintería y otro de herrería se instalarán en plaza, frente al templo, para proveer lo que sea necesario y maniobrarán con gatos hidráulicos para levantar la tapa.

Por la mañana, Fanny y Javier Montes terminan de limpiar la lápida. Los restos óseos de los acompañantes, del niño y de la mujer sacrificados son recogidos con gran cuidado. Los arqueólogos saben que los huesos le hablan a la ciencia y que, seguramente, estos dos personajes, tienen mucho qué contar. Alguna vez derramaron su sangre, la sustancia más sagrada de todas, para ofrecerla a los dioses. Fueron elegidos para sacrificarse. Merecen el respeto y el cuidado con el que las manos de los arqueólogos los alzan del suelo, los miran y los conducen al laboratorio.

El cinabrio ha creado una atmósfera densa y pesada dentro de la cámara. El cinabrio simboliza renacimiento. En el mundo maya, el universo tiene cuatro puntos cardinales, cada uno representado por un color. El oriente es rojo, el color sagrado por donde nace el sol. Por eso, el rojo del cinabrio simboliza renacimiento, resurrección. Aún hoy en día, para los mayas de esta época, el oriente significa el lugar por donde van a retornar los antepasados para volver a ser dueños de su territorio.

Hay un mito, recogido hace treinta años en Yucatán, que indica que el Gran Juan Tutul Xiú, caudillo de los mayas, se fue por un *sachbé* (que significa «camino blanco») en Tulum, por debajo del mar hacia el oriente, lugar sagrado por excelencia. Y este mito que prevalece afirma que cuando se logre descifrar la escritura ma-

Escaneado con CamScanner

ya, cuando se vuelvan a entender todos los jeroglíficos, el gran caudillo volverá y entonces los mayas retomarán el poder del territorio.

Pintar de cinabrio la sepultura simboliza que el difunto enterrado allí renacerá. Así como el sol vuelve a nacer por el oriente, el muerto volverá de la otra vida. No a renacer aquí, porque no hay idea de reencarnación ni de trasmigración sino para tener otra vida en otro lado. La muerte no es el final absoluto y el cinabrio ayuda a que el espíritu llegue vivo hasta el último estrato del Inframundo.

En el momento de morir, la persona tenía tres destinos posibles: llegar al mundo celeste, a vivir al lado del Sol para acompañarlo en su recorrido. O al Paraíso de la Ceiba, que es una especie de paraíso terrenal donde se encuentra el árbol sagrado de los mayas que aparece como centro del universo en sus representaciones, como eje del mundo: sus frondas llegan hasta el último de los trece cielos y sus raíces hasta el fondo del Inframundo; ese paraíso es un lugar aparte en el mundo para los espíritus de los muertos donde seguirán gozando de todos los placeres terrenales. Otra posibilidad para el espíritu de los muertos es el Xibalbá, que en quiché, como dice el *Popol Vuh*, significa *lugar de los que se desvanecen*.

El Cielo, el Paraíso o el Inframundo no estaban determinados, como en la religión cristiana, por el comportamiento moral de las personas, ni se trataba de un premio o un castigo. Era la forma de muerte la que determinaba a dónde iría a vivir el espíritu de la gente:

Los que morían ahogados o por un rayo o por hidropesía, cualquier causa relacionada con el agua, iban a dar al Paraíso donde continuarían viviendo. Los que morían en la guerra o por sacrificio, que es una muerte sagrada, iban al Cielo a acompañar al Sol en su recorrido. Los que fallecían de muerte «natural» o por cualquier otro motivo, iban al Xibalbá, ése sí lugar de la muerte. El espíritu

Escaneado con CamScanner

debía descender los nueve estratos del Inframundo, por eso les ponían comida como ofrenda, hasta llegar al fondo, al Xibalbá, para quedar convertidos en energía de muerte. No podían morirse a medio camino porque entonces quedaban como alma en pena y ésa sí era la mayor de las desgracias.

En torno a la muerte, hay mitos que comparten diferentes culturas prehispánicas, como el destino de los niños muertos. Si un bebé muere antes de ser destetado, va a un lugar que los nahuas llaman *Chichihuacuauhco* que quiere decir «donde está el árbol nodriza». Hay un árbol ahí, cerca del Tlalolcan, lleno de senos femeninos, entonces todos los bebés muertos van y siguen mamando ahí y esos sí vuelven a renacer, tienen otra oportunidad de vivir porque se murieron siendo lactantes todavía y luego recibieron el alimento sagrado.

Las muertas de parto, en cambio, se vuelven diosas y van a dar al cielo; se les llama las mujeres valientes o las mujeres guerreras porque mueren dando vida o en el afán de dar vida y se convierten en el *cihuateteo*, que significa mujer diosa. Ésta, aunque no hay muchos datos en el área maya, se considera una creencia que cultivaron las culturas prehispánicas en general.

¿De dónde vengo yo? ¿Cuál de todos los caminos recorrió mi espíritu? ¿Los trece cielos, los nueve estratos del Inframundo, el viaje del Sol, el mundo celeste, el Xibalbá o el paraíso de la Ceiba?

Al interior del templo comienzan las preguntas sin fin. ¿Quién será?

Arnoldo ya no puede esperar más. Ingenioso, conecta un pequeño foco a una pila para ver si puede mirar, a través del psicoducto, al interior del sarcófago. Se oye un grito:

—¡Uta madre, carajo! —en voz de Arnoldo.

—¿Qué es? —pregunta Fanny.

Escaneado con CamScanner

—¡Está lleno de jade, está hasta la madre de jade! Ahorita van a ver todos, ¡es un tumbón de pocas tuercas!, es jade, es obsidiana, ¡ay, ay, ay, es el alucine del alucine, del alucine, del alucine, hay toneladas! —Continúa Arnoldo casi sin respirar entre una y otra palabra.

Fanny al fin se asoma:

—Es una maravilla, está lleno de jade y cinabrio —y ríe emocionada mientras escucha a Arnoldo dirigirse al personaje de adentro:

—Gracias, gracias.

En Palenque ya nadie habla de otra cosa. Todo se prepara para abrir el sarcófago. Se define la estrategia de trabajo. Y, después de la comida, todos se dirigen al Templo XIII del que ya no saldrán hasta que se ponga el sol y renazca de nuevo, a las nueve de la mañana del día siguiente.

La noticia ha llegado a la Ciudad de México, los altos funcionarios de cultura preparan su viaje para volar al día siguiente, piensan que los arqueólogos los van a esperar para abrir el sarcófago cuando ellos estén presentes. Ignoran la carga de adrenalina que concentra el Templo XIII. Carlos Payán, director general de *La Jornada,* y Hernán Vera, de la productora Argos, sí viajan esa misma tarde a la zona prehispánica.

La tensión y el nerviosismo dentro de la cámara se intensifican.

La reportera de *La Jornada* pregunta a Arnoldo cuándo abrirán el sarcófago. El arqueólogo responde lo que cree en ese momento: dejarán todo listo para abrirlo en la mañana del día siguiente. Pero Fanny López, Gabriela Ceja y Katya Perdigón le advierten a la periodista:

—Ni se te ocurra moverte de aquí, seguramente Arnoldo no va esperar y abrirá en cuanto se pueda.

Además de Epigmenio y su equipo de filmación, dentro de la cámara sólo hay lugar para el personal designado por Arnoldo pa-

Escaneado con CamScanner

ra maniobrar los gatos hidráulicos. Uno más correría peligro de ser aplastado por la lápida en cuanto pueda desplazarse. La reportera se instala en el boquete que ha funcionado como puerta de entrada a la cámara funeraria. Sabe que no puede moverse de ahí, carga los bolsillos del pantalón y de su chamarra de mezclilla con libretas, grabadora, pilas, cassetes, plumas y se cuelga su cámara al pecho. Voltea a su alrededor, no puede creer que está allí, que a su lado hay arqueólogos, trabajadores, restauradores, carpinteros... y ni un solo colega reportero. Un sentimiento de culpa comienza a invadirla al percatarse de que Fanny está atrás de ella y no puede ver bien lo que sucede adentro. «¿Qué hago? ¿Qué hago?», se pregunta. Permanece en su sitio.

Las labores comienzan. La temperatura se eleva. Transcurren muchas horas, eternas. Nadie se ha movido.

Por fin, después de dieciséis horas, el bastidor sostenido por los gatos hidráulicos se levanta unos cuantos centímetros a las tres de la madrugada. Y el taller de carpintería instalado a los pies del templo funciona a todo vapor. Polines, tubos de metal, tablas calzadoras entran y salen de la cámara siguiendo las instrucciones de Arnoldo González Cruz.

Afuera, Chaac se hace presente como queriendo participar de la ceremonia, igual que lo hizo aquel 18 de abril cuando se descubrió la tumba. Llueve, fuerte, es el Señor de la lluvia y el rayo listo para liberar vida del Inframundo.

Adentro, después de gran silencio y expectación, son las cuatro de la madrugada y comienzan las bromas. El sentido del humor de Gerardo Fernández alivia el cansancio acumulado por horas de trabajo y de espera. El sistema, ideado por Gilberto Buitraso y Freddy Corzo, restaurador y arquitecto, respectivamente, funciona. Ellos están dentro y saben que el momento es tan bello como peligroso. La enorme lápida se les puede venir encima. Pero el proceso ya no puede detenerse, después de más de un mes de trabajos, la mole

Escaneado con CamScanner

de piedra tiene que levantarse para que todos vean a quien lo habita desde hace mil trescientos años.

Afuera, en la plaza ceremonial revolotean las luciérnagas, todos los insectos se alborotan y los monos saraguatos aúllan sin cesar para conmemorar lo que está por ocurrir.

En cadena, como en una cirugía, pasan los instrumentos de mano en mano; las de José Luis Cisneros, coordinador del campamento, son útiles todo el tiempo. Octavio Moreno, el fotógrafo del INAH, queda atrapado dentro de la cripta y participa en el rescate. Y de pronto, todos los que están en el interior de la cámara perciben cómo sale el fuerte olor a cinabrio del sarcófago a medida que la lápida se eleva. Todos se ponen la mascarilla. Hay nerviosismo, momentos de gran tensión. «¡Ánimo, ánimo!», gritan todos los de afuera, instalados en los pasillos y en las escalinatas del templo. Son, en su mayoría, integrantes del joven campamento arqueológico del INAH en Palenque, donde el promedio de edad oscila entre los veinticinco y los treinta y cinco años.

A las 6.10 de la madrugada, Epigmenio y Phillipe de Saint-Palle, su colega camarógrafo, logran introducir la lente de una de sus cámaras entre el sarcófago y la lápida, que ya se ha elevado cerca de veinte centímetros.

Los ánimos se elevan al cielo porque, a través de un monitor, ya es posible ver un espectáculo sin nombre:

Miran las huellas de mi rostro. Con ellas es posible imaginar mis ojos y darle forma a lo que fue mi cara. Los arqueólogos pueden ver que porto una diadema formada por cuentas de jade y restos de una máscara similar a la que portaba Pakal en su propia sepultura.

Vuelve el suspenso. «¡Uno!», indica Gerardo Fernández a sus compañeros para que manipulen los gatos y se eleve la lápida. «¡Uno!», grita Arnoldo para que la losa suba un poco más. «¡Uno!»

Escaneado con CamScanner

se escucha de nuevo. Los segundos transcurren como si fueran horas. El silencio lo rompe Gerardo siempre antisolemne para cantar «Amorcito corazón, yo tengo tentación de un beso...». Hace poco descubrió en el Templo XVII un gran tablero con inscripciones de suma importancia. Ahora participa en otro hallazgo, mientras suplica, atrapado por el bastidor de la cripta, que como todos tiene hambre, que le consigan unas enchiladas de Sanborns.

En la selva de Palenque se mantiene la tensión.

A las 7.40 de la mañana se colocan los polines y todos saben que el momento está cerca. Martín, el asistente de Fanny, mira al borde del llanto el proceso a través del boquete rodeado de piedra que divide a la cámara del pasillo donde todos los presentes aguardan, aguardan. Algunos cabecean, dormitan, pero nadie abandona el templo.

Se plantean las hipótesis: aún no aparece glifo alguno que dé pistas sobre la identidad del personaje.

Por fin, a las ocho de la mañana ya los cilindros han sido colocados y se da el primer deslizamiento de la gran lápida que, a diferencia de la de Pakal, no está labrada. Ahí va. Ahí va, se desliza la tapa poco a poco. «Más despacio, por favor», pide Arnoldo sudando.

Ahora se ve perfectamente lo que fueron mis pies y piernas. Dentro de todas las incógnitas que contiene el episodio está la profundidad del sarcófago. Y es que fui sepultada con un atuendo propio de mi jerarquía, que cubría el espacio y que con el tiempo desapareció.

Diez minutos más tarde en medio de un gran silencio y cuando ya nadie tiene sueño se oye: «¡Listos!». Y la enorme lápida se desplaza hasta el fondo para que todos puedan ver, sin dar crédito a la escena, el esqueleto completo de este rey o reina, aún no lo saben, con toda su majestuosidad.

Escaneado con CamScanner

Miran mi cráneo coronado, mi rostro y mi boca transformados por el tiempo, mis dientes, mi tórax, los huesos de mis brazos y mis manos, mi pelvis, las tres placas de jade que penden de un cinturón, mis largas piernas y mis pies. Estoy impregnada de cinabrio. El olor es penetrante pero es más fuerte el asombro. Y los arqueólogos contemplan azorados el rojo cinabrio y el verde jade que me cubren.

En realidad ven más de un millar de piezas que fueron parte de mi máscara, mi cinturón, mi pectoral, mi cetro y pulseras. El jade no es sólo una bella piedra brillante, es sagrada, simboliza vida, agua, lo precioso por excelencia. Es, en los entierros de gobernantes, símbolo de inmortalidad.

Arnoldo se asoma por primera vez dentro de mi sarcófago para mirarme de frente. Nadie, desde hace mil años, me había vuelto a ver así. Y dice: «Tenemos aquí cien años para arqueología». Y viene Fanny con una sonrisa tatuada en el rostro. Le llama la atención la diadema, puesto que es la primera vez que la ve en un entierro, y las piezas de concha que asemejan orejeras pero que, como sabrán poco después, forman parte de una máscara. Las cuentas circulares que integran las pulseras y los collares indican un fino trabajo en jade. Y observa una concha como ofrenda a un lado de mi cráneo.

Fanny y Arnoldo me miran. Y un gran aplauso sustituye al cansancio. La emoción es indescriptible. Se expresa en abrazos y en risas que entran y salen de la cripta. El encuentro se ha consumado.

Arnoldo sale de la cámara, que es un túnel del tiempo, para que los demás puedan encontrarse con uno de sus ancestros.

—Ya no sé si es mañana, tarde o noche, perdimos la dimensión del tiempo —dice y mira al sol que le indica que son las nueve de la mañana. Tiene veinticuatro horas sin dormir y lleva a cuestas la experiencia arqueológica más importante de su vida.

Martín, el trabajador que introdujo el cincel en aquella puerta tapiada, rompe en llanto. Dice que el espíritu del niño acompa-

Escaneado con CamScanner

ñante se le ha metido al cuerpo y que de ahora en adelante su vida no será la misma.

En realidad, no será la misma para ninguno de los que se encuentran en Palenque esta mañana. Entraron a mi sepulcro con una historia de vida y ahora salen de él con un nuevo episodio que los convierte en otros.

Arnoldo ya no deja de sonreír. Sale de la cámara funeraria y da su primera entrevista:

—Todo esto parece confirmar lo que tiempo atrás suponíamos. Un sarcófago es indicativo de clase gobernante por la riqueza y la cantidad de piezas y materiales que ofrece además de la máscara y el tipo de cripta. Podemos confirmar también que esta parte de Palenque funcionaba como una necrópolis y que si con el hallazgo del Templo XIII descartamos la idea de que la única tumba de esta naturaleza era la de Pakal, podemos suponer que probablemente hay más. Pero es muy pronto para dar conclusiones: hay que limpiar y analizar el material arqueológico, esperar los resultados del laboratorio. Por lo que observamos superficialmente, no hay glifos que indiquen aún fechas o nombres, e incluso los datos que arroja la cerámica de la cripta parecen contradecir la época de la subestructura del edificio, por lo que quizá debemos revisar de nuevo las inscripciones de la tumba de Pakal.

Un amanecer nublado cubre Palenque. Y en el aire queda la pregunta: «¿Quién será?». Las respuestas vendrán después. Lo que queda hoy en todos es una emoción compartida, indescriptible.

Fanny corre a su cuarto y escribe en su *Diario*: «Estoy muy emocionada. Hoy he encontrado lo mejor que me ha pasado en mi vida. Estaba lloviendo».

Escaneado con CamScanner

Y yo me quedo sola de nuevo. Ahora seré testigo y cómplice de una nueva página en la historia. Y defenderé mi identidad para que, al buscarla, se abran nuevos y hondos caminos al conocimiento. Soy más que un dato histórico, más que un eslabón en la cadena de los reyes y las reinas de Palenque, más que un cúmulo de huesos bañados de cinabrio y jade. De eso se irán dando cuenta mientras despejan el misterio que me envuelve.

Escaneado con CamScanner

12

ES UNA DAMA

Arturo Romano llega a Palenque con la misma curiosidad científica y con la misma emoción de hace cuarenta y dos años, cuando presenció el hallazgo de Pakal.

Sube la escalinata del Templo XIII que lo conduce a la subestructura donde se encuentra la cámara funeraria. Es un hombre mayor pero también un gran atleta cuyas piernas le obedecen sin resistencia.

Entra a la cripta y se asombra de nuevo frente a la profundidad del sarcófago.

Sus ojos me recorren de arriba abajo. No necesita sus manos, su mirada atraviesa mis huesos, uno por uno, hasta que se detiene en mi cadera.

Los ojos de Romano se estacionan en la pelvis, la examina, se acerca para mirar las escotaduras ciáticas mayores y aprecia una apertura de casi noventa grados, observa los iliacos…

«Mmm, es una pelvis pequeña, presenta un ángulo subpúbico muy amplio, esto es indicativo… mmm… los huesos de este esqueleto son gráciles, delicados, finos…».

Y con la certeza que le da el conocimiento y su capacidad para dialogar con los huesos, Arturo Romano Pacheco afirma, sin tocar uno solo de ellos: «Es mujer».

Dentro de la cripta, los arqueólogos lo escuchan sin parpadear:

Escaneado con CamScanner

«Es muy difícil hacer determinaciones de tanta precisión sin tocar los huesos, pero la configuración general del esqueleto, a golpe de vista, nos da características cien por ciento femeninas. Miren el cráneo, las ramas ascendentes de la mandíbula, el borde superior de las órbitas, los cuerpos vertebrales, las vértebras lumbares, el húmero derecho con esa cavidad tan característica, el sacro que se deshizo por el paso del tiempo... Los antebrazos son sumamente finos y gráciles como en general todos sus huesos... este personaje, indudablemente corresponde al sexo femenino.»

Romano sigue asomado dentro del sarcófago y aprecia que el esqueleto ha permanecido intocado desde el momento del enterramiento: «Al perderse las partes blandas los restos se mueven; ahí están los de la espalda, los de las piernas, todo en contacto directo con el sarcófago porque al irse perdiendo la musculatura los huesos se van asentando lentamente».

Arnoldo mantiene encendida su grabadora para registrar todas las palabras del profesor Romano.

«Éste parece un entierro primario y en éstos, el cadáver era embarrado de pintura, no sólo en Palenque sino en otras partes de Mesoamérica donde el color rojo tenía un gran simbolismo vital. Y claro, conforme se iban perdiendo las estructuras blandas, el mineral no se destruía sino que se iba asentando hasta quedar depositado sobre todos los huesos.»

Romano observa la ofrenda:

«Ahí está la diadema que no era exclusiva de las mujeres sino de todos los grandes personajes. Sin embargo, aquí no se aprecia la bigotera tan característica en los entierros de los gobernantes masculinos, como en el de Pakal, donde encontramos la pieza debajo de la máscara tal y como la portan los nueve dioses del Inframundo en los estucos que acompañan su tumba.»

Romano mira alrededor, y no ve ni un solo glifo. «Esta persona pudo haber muerto mucho antes de lo que se esperaba, porque ya su tumba estaba preparada, pero para evitar la descompo-

Escaneado con CamScanner

sición cadavérica que ellos conocían muy bien, decidieron utilizarla y posiblemente ya no hubo oportunidad para grabar inscripciones, ¿verdad?»

«¿Quién es la Señora?» Se preguntan ahora en Palenque. Pero antes, Romano y Arnoldo González Cruz han pasado largas horas dentro de la cripta haciendo un análisis exhaustivo de los huesos *in situ*. Como se dice técnicamente, encontraron al personaje en posición decúbito dorsal (boca arriba) y extendida con orientación de norte a sur, como solían enterrar los palencanos a sus gobernantes.

Romano estudia el cráneo. Mira atentamente cómo destaca la inclinación hacia atrás y hacia arriba de la caja craneana, lo que le indica que al nacer la persona fue sometida a un proceso de deformación craneana intencional mediante un aparato cefálico portátil a base de tablillas y vendas atadas a la cabeza, con la que lograron una deformación de tipo tablar oblicuo. El profesor advierte que esta deformación intencional era muy característica en los grandes personajes del Clásico maya.

El cráneo está fragmentado en varias partes por efectos de la humedad y el peso de la máscara y la diadema que portó la reina hasta que su carne se deshizo. Romano mira largamente sus huesos largos, sus brazos, sus pies, cada falange y muy especialmente la pelvis. Muchos detalles le confirman que es una mujer, hasta la mandíbula. Sus ojos experimentados calculan, a partir de una tibia del esqueleto, que su estatura podría ser, aproximadamente, de 1.58 y que quizá tenía entre treinta y ocho y cuarenta años al morir.

Los arqueólogos le preguntan si la mujer es anterior o posterior a Pakal.

«La fecha exacta aún es un misterio, y a falta de inscripciones en el sarcófago y la cámara, habrá que esperar, por un lado, los resultados del ADN y, por el otro, los fechamientos que se harán a través de la cerámica (aparentemente ubicada en el 770 d.C., en la etapa conocida dentro de las secuencias cerámicas como «Mur-

Escaneado con CamScanner

ciclagos» durante el periodo Clásico tardío de los mayas) y de las muestras de carbón encontradas dentro y fuera de la cripta.»

Romano observa que tiene muy juntos los tobillos y dice: «Éste es un indicador de que la señora, previo a su depósito dentro del sarcófago, fue amortajada. Este hecho, además de la ofrenda, constituye una evidencia más del cuidado que se tuvo en la preparación del cuerpo antes de su colocación en la tumba, previamente preparada para recibirla. Esta mujer ocupó en vida una de las más altas jerarquías dentro de la sociedad maya de Palenque durante el periodo Clásico.»

Al analizar los fémures, tibias y peronés, Romano se sorprende. Y es que la tibia izquierda, en su tercio inferior, aún conserva el capullo de una larva que nunca alcanzó su estado adulto. Cuando lo estudien en laboratorios sabrán que se trata del capullo de una avispa.

Al igual que el cráneo, mandíbula, piernas, brazos, codos, hombros, tórax y pies, los dientes los tiene totalmente cubiertos de cinabrio.

Y aún no saben, ni se imaginan los científicos que me miran ahora, qué tan impregnada estoy de este mineral.

Hace muchos años que mi cuerpo no era mirado de esta manera. Y quizá sea la última.

Tres meses después del hallazgo, el 5 de septiembre de 1994, el antropólogo físico más autorizado de México, revela al mundo que se trata de una mujer. Horas después, cuando Romano se dirige al Museo de Sitio para examinar los restos óseos de los acompañantes, Fanny lo intercepta:

—¿Qué es, maestro?

—Es mujer, Fanny —responde el profesor con una amplia sonrisa y ella siente cómo se eriza su piel; cómo le da un vuelco el corazón.

Escaneado con CamScanner

Romano analiza a los acompañantes y le ofrece a los arqueólogos un resumen: «El esqueleto ubicado al lado poniente del exterior del sarcófago pertenece a un niño entre los ocho y los once años, edad calculada por el estado del brote de los dientes, entre otros factores; con deformación craneana intencional de tipo tabular erecta y en posición extendida boca arriba. El esqueleto hallado al lado oriente es el de una mujer entre los veinticinco y los treinta y cinco años de edad, se halló extendido y boca abajo y su talla es de alrededor de 1.55; presenta deformación craneana intencional de tipo tabular oblicuo, muy común en el área mesoamericana entre los estratos socioeconómicos y religiosos relevantes y contiene incrustaciones de jade y piedra en los dientes».

¡Ah, mis acompañantes!, qué poco saben sobre ellos en este momento. Sospechan que fueron sacrificados pero todavía los ojos científicos no alcanzan a distinguir lesiones que pudieran ser causa de muerte. Ya las verán después y ellos podrán contarle todo lo que les sucedió y cómo su sangre noble fue ofrecida a los dioses y fueron honrados con ese privilegio para sellar la ceremonia del ritual durante mi entierro.

Al día siguiente, muy temprano, suena el teléfono en casa de la reportera. Casi dormida, levanta el auricular y reconoce la voz de Romano que le suelta sin rodeos: «Adrianita, se trata de una dama». Ella se incorpora con un salto: «Qué maravilla, profesor Romano, cuénteme». Ella le había pedido que le informara en cuanto tuviera alguna certeza y acuerdan una cita. Sin embargo él le pide que no dé a conocer la noticia hasta que lo autorice el INAH. Por respeto al profesor, espera un día y la nota periodística aparece el 8 de septiembre al mismo tiempo que los demás medios y las agencias noticiosas internacionales.

«¿Quién es la dama?», le pregunta la reportera al profesor Romano.

Escaneado con CamScanner

«Todas las características de la tumba: su cercanía a la de Pakal, su ubicación en la plaza central de Palenque, el basamento piramidal, la cámara funeraria, el sarcófago y la lápida monolíticos, demuestran que se trata de un gobernante. Y en ese contexto, las hipótesis se centran en tres mujeres: Ahpo-Hel, Sak-Kuk y Kanal Ikal.»

En Palenque, por la edad calculada al personaje del sarcófago, domina la idea de que puede ser Ahpo-Hel, la esposa del Gran Pakal, con quien tuvo tres hijos.

En medio del alboroto que provoca la noticia dada por Romano, los arqueólogos recuerdan lo dicho por los epigrafistas. Que Sak Kuk «Quetzal Blanco», y Kanal-Ikal, son hasta donde han podido interpretar los jeroglíficos, las únicas dos mujeres que rompieron con el patriarcado en Palenque y que, según las inscripciones, eran consideradas descendientes de los dioses.

Arturo Romano regresa a la Ciudad de México. Antes, se despide con su habitual sentido del humor: «Mis respetos con la dama».

Pero el equipo de González Cruz permanece en la selva con el nuevo dato entre las manos. Es la esposa. No, es la madre. Podría quizá ser la bisabuela. O alguien más que no sabemos. Las frases danzan alegremente de boca en boca. Lo único seguro es que se trata de una mujer, de una reina de Palenque.

Y es en ese momento que Arnoldo me bautiza: «La llamaremos Reina Roja».

Fanny está feliz. Ella siempre dijo que se trataba de una mujer. Y cuando le argumentaban que no había inscripciones para saberlo con seguridad, insistía: «Precisamente porque no hay inscripciones, es mujer».

Llega el momento de levantar mis restos. Y Fanny es la indicada para hacerlo. Ella lo asume como algo sagrado. Le han preparado una especie de columpio donde ella se sienta y desciende al fondo del sarcófago

Escaneado con CamScanner

«Todas las características de la tumba: su cercanía a la de Pakal, su ubicación en la plaza central de Palenque, el basamento piramidal, la cámara funeraria, el sarcófago y la lápida monolíticos, demuestran que se trata de un gobernante. Y en ese contexto, las hipótesis se centran en tres mujeres: Ahpo-Hel, Sak-Kuk y Kanal Ikal.»

En Palenque, por la edad calculada al personaje del sarcófago, domina la idea de que puede ser Ahpo-Hel, la esposa del Gran Pakal, con quien tuvo tres hijos.

En medio del alboroto que provoca la noticia dada por Romano, los arqueólogos recuerdan lo dicho por los epigrafistas. Que Sak Kuk «Quetzal Blanco», y Kanal-Ikal, son hasta donde han podido interpretar los jeroglíficos, las únicas dos mujeres que rompieron con el patriarcado en Palenque y que, según las inscripciones, eran consideradas descendientes de los dioses.

Arturo Romano regresa a la Ciudad de México. Antes, se despide con su habitual sentido del humor: «Mis respetos con la dama».

Pero el equipo de González Cruz permanece en la selva con el nuevo dato entre las manos. Es la esposa. No, es la madre. Podría quizá ser la bisabuela. O alguien más que no sabemos. Las frases danzan alegremente de boca en boca. Lo único seguro es que se trata de una mujer, de una reina de Palenque.

Y es en ese momento que Arnoldo me bautiza: «La llamaremos Reina Roja».

Fanny está feliz. Ella siempre dijo que se trataba de una mujer. Y cuando le argumentaban que no había inscripciones para saberlo con seguridad, insistía: «Precisamente porque no hay inscripciones, es mujer».

Llega el momento de levantar mis restos. Y Fanny es la indicada para hacerlo. Ella lo asume como algo sagrado. Le han preparado una especie de columpio donde ella se sienta y desciende al fondo del sarcófago

Escaneado con CamScanner

sin necesidad de pisar ni de rozar el interior de mi aposento mortuorio. Desde ahí, agachada, con guantes protectores, se inclina y recoge mis huesos, muy lentamente, uno por uno. Mi cráneo es tan frágil que le toma tiempo, sus manos tan suaves apenas y me tocan. Sale mi cráneo, salen mis brazos, piernas y pies, mis manos convertidas en falanges. Ella siente que cada hueso es algo sagrado. Sus manos suben y bajan llevándome a otro destino. De pronto escucho que Fanny me habla, sí, se dirige a mí, a la persona, a la Reina:

«Es por tu bien, es para conservarte, es para que sigas permaneciendo durante mucho tiempo más. Este descubrimiento es una forma de decir: todavía estás viva, todavía se habla de ti. Si lo que querías era permanecer a lo largo de mucho tiempo, lo has logrado.»

A partir de ese día, Fanny siente un vacío. Sigue visitando el sarcófago todas las mañanas antes de iniciar su trabajo. Ahora se dice a sí misma: «Bueno, bueno, ya no está, pero sigue presente».

Termina la temporada de trabajos en Palenque. Concluye el Proyecto Especial que tantos recursos dio. Muchas cosas cambiarán en el equipo que trabajó el sitio hasta enamorarse de él.

Algunos se irán a otros destinos a continuar sus búsquedas, pero ya he pasado a formar parte de sus sueños más recurrentes y de sus memorias más luminosas. Pocos permanecerán aquí. Llegarán nuevos ojos y nuevas manos y con ellos nuevas inquietudes y descubrimientos. Para Arnoldo y Fanny la vida ya no será la misma nunca más. Ellos me encontraron y ya no podrán desprenderse de mí, aunque la vida les abra nuevos horizontes, otros hallazgos, piedras inéditas que les ofrecen ricos diálogos con sus antepasados…, aunque todo eso les suceda, yo los mantendré atados a mí y hasta en sus sueños más profundos se encontrarán con la Reina Roja de Palenque.

En esta selva de piedra y maleza Arnoldo permanecerá muchos años más. Todavía le esperan enormes sorpresas que harán

Escaneado con CamScanner

siempre inacabable su trabajo arqueológico en el sitio. Se ha mimetizado y no se ha dado cuenta de ello.

Fanny conservará siempre el sueño de regresar para concluir sus trabajos aquí, en el Templo de la Calavera y en el Templo XIII donde percibió, en una de las ofrendas, la posible clave para dar con la identidad de la Reina Roja. En unos años dará a conocer su hipótesis, porque no piensa dejar de buscar su nombre hasta encontrarlo, aunque se le cierren las puertas, aunque provoque controversias, aunque quienes escriben la historia oficial diluyan poco a poco su nombre cuando se registra el episodio del descubrimiento, aunque afectos que creía entrañables se congelen en el tiempo. Escribe un su *Diario*: «El último día en Palenque», toma sus cosas y sale del sitio con la firme idea de regresar algún día.

Mis restos inician un largo viaje. He sido fragmentada. Dicen que me van a restaurar, que consolidarán mis huesos, que éstos habrán de revelarles quién soy. No les será fácil, al contrario, defenderé mi identidad y tengo como gran cómplice al cinabrio. Mi secreto perdurará muchos años, pero en la búsqueda de mi nombre, muchos otros misterios sobre los mayas de Palenque serán develados.

Escaneado con CamScanner